

LA INTERIORIDAD.

“Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no lo estaba contigo... Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y fugaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed, me tocaste, y me abrasé en tu paz” (Conf. 10,27,38). Esta es su experiencia, pero la formulación precisa de la doctrina agustiniana sobre la interioridad la encontramos en el libro sobre la verdadera religión, y dice: “No quieras ir fuera; entra en ti mismo; en el hombre interior habita la verdad; y si vieras que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo” (La verd. relig. 39, 72).

La doctrina y la experiencia espiritual de Agustín está dominada por la llamada constante a la interioridad. El hombre vale por lo que es en lo íntimo, y es que en el hombre interior habita la verdad que ilumina. En sus escritos están contenidas las llamadas al valor supremo de la interioridad; y él indaga el sentido profundo de estas llamadas, las etapas a recorrer para responder adecuadamente y los medios apropiados para conseguir vivir dentro. La interioridad consiste en ocuparse de sí mismo, en conocerse, es decir, en trabajar para que seamos nosotros mismos, pero para que el hombre sea él mismo es necesario que viva conscientemente, y vivir conscientemente, entre otras cosas, será vivir conociéndose: “En gran estima suele tener el humano linaje la ciencia de las cosas terrenas y celestes; pero sin duda son más avisados los que a dicha ciencia prefieren el propio conocimiento” (Trinidad 4, prólogo, 1).

La interioridad agustiniana no se puede vulgarizar; no es la introspección psicológica. En la interioridad se entra dentro del yo, pero se entra con la luz valorativa de la que depende el sentido del yo. Esa luz es la invitación que se hace al yo a que realice en sí mismo la imagen de Dios, que es la vocación fundamental del hombre. El hombre se conoce a sí mismo en cuanto realiza su vocación fundamental, que es ser imagen de Dios e hijo de Dios. En el nivel más alto, interiorizarse viene a significar identificarse con Cristo, revestirse de la filiación de Cristo. Conocerse a sí mismo a este nivel, ser interior a sí mismo, es comprometerse en el dinamismo del Cuerpo de Cristo, del Cristo Total.

Dios habita en nosotros para ser advertido y reconocido como nuestra verdad y nuestra vida. A través de la búsqueda interior llega a una relación profunda y familiar con Dios y siente la necesidad de comunicar eso que ha descubierto. Sin duda Agustín es el hombre de la interioridad y desea que todos ahondemos en este mundo interior, porque es la única manera de que no nos olvidemos de nosotros mismos. Por eso amonesta: “¡Oh hombre!, ¿hasta cuándo vas a estar dando vueltas en torno a la creación? Vuélvete a ti mismo, contéplate, sondéate, examínate” (Serm. 52, 17). En todos los tonos y siempre que tiene ocasión, invita a sus oyentes a que hagan la experiencia de la interioridad: “Retornad, hombres, de vuestras afecciones. ¿Adónde vais? ¿Adónde corréis? ¿Adónde huís, no sólo de Dios, sino también de vosotros? Volved, prevaricadores, al corazón, escudriñad vuestro espíritu, pensad en los años eternos, encontrad la misericordia de Dios que tiene para con vosotros, contemplad las obras de Dios: su camino está en el Santo” (Com. salmo 76,16).

Él había vivido fuera, se había derramado en el exterior, como desterrado de la propia casa, falto de descanso y de paz, habitaba en el lugar de la semejanza. Cuando el hombre sale de sí mismo, se separa de Dios y cuando se separa de Dios, sale de sí

mismo. Lo cierto es que estando apartado de sí mismo no puede el hombre encontrarse con Dios, o, al menos, no se percata de la presencia de Dios: “¿Y dónde estaba yo cuando te buscaba? Tú estabas, ciertamente, delante de mí, mas yo me había apartado de mí mismo y no me encontraba, ¿cuánto menos a ti?” (Conf. 5,2,2). Lo importante será volver al propio corazón, recorrer los caminos de la interioridad. Por eso él amonestaba a sus fieles, y nos amonesta también a nosotros: “Volved al corazón, ¿qué es eso de ir lejos de vosotros y desaparecer de vuestra vista? ¿Qué es eso de ir por los caminos de la soledad y vida errante y vagabunda? Volved. ¿A dónde? Al Señor. Es pronto todavía. Vuelve primero a tu corazón; como en un destierro andas errante fuera de ti. ¿Te ignoras a ti mismo y vas en busca de quien te creó? Vuelve, vuelve al corazón” (Trat. Ev. Jn. 18, 10).

Esta doctrina está vista como el camino de quien de las cosas exteriores ha entrado en sí mismo, pero para trascenderse y alcanzar a Dios, que es alcanzar la Verdad: “Pues ¿adónde arriba todo pensador si no es a la verdad?... Confiesa que tú no eres la Verdad, pues ella no se busca a sí misma, mientras que tú le diste alcance por la investigación, no corriendo espacios, sino con el afecto espiritual, a fin de que el hombre interior concuerde con su huésped” (La verd. relig. 39,72). La interioridad no es un lugar de estancia, sino un lugar de paso, es el camino hacia la trascendencia. Nunca es autocontemplación de las riquezas interiores, sino valorar que esas riquezas que están dentro tienen su dueño: “Esto sólo sé: que me va mal lejos de ti, no solamente fuera de mí, sino aun en mí mismo; y que toda abundancia mía que no es mi Dios, es indigencia” (Conf. 13,8,9). Somos invitados a seguir el camino que él mismo ha recorrido, se diría que ha sido su propia experiencia la gran maestra y que de ella saca el método para todo el que quiera llegar a Dios. El camino va desde la contemplación de las cosas visibles, entrando en sí mismo y trascendiéndose para llegar al encuentro con Dios: “Alza tu vuelo sobre el cuerpo y experimenta el sabor del alma; eleva tu vuelo después sobre el alma y experimenta y gusta a Dios” (Trat. Ev. Jn. 20, 11).

Ciertamente el que obra dentro del hombre es Cristo, pero no es menos cierto que el hombre tiene la sagrada misión de preparar la acción divina y cooperar con ella. Pero es necesario construir en nuestro propio interior un hogar para poder acoger en él a Dios: “Edifiquemos también nosotros mismos y hagamos una casa en nuestro corazón, a donde venga Él a enseñarnos y a hablar con nosotros” (Trat. Ev. Jn. 7,9). Con este trabajo de edificación, puede convertirse nuestro corazón en sede de la sabiduría. Cuando la casa esté bien preparada, será como un reclamo para Dios. Dios es el Maestro Interior, la luz que ilumina lo más íntimo del hombre. Es en el interior donde Dios se hace interlocutor del hombre, allí nos habla y le hablamos, se puede entablar una conversación donde él enseñe sus grandes lecciones: “Volveos a vuestro interior, y si sois fieles allí encontraréis a Cristo” (Serm. 102,2). Por otra parte, solamente la voz del corazón es suficientemente clara para que pueda ser oída por Dios. Dios sólo escucha las palabras que pronuncia la boca interior: “Busqué al Señor y me oyó. ¿En dónde oyó el Señor? Dentro de ti. ¿En dónde da? Dentro. Allí oras, allí eres oído, allí eres santificado” (Com. salmo 33,s2,8).

La interioridad agustiniana invita al hombre a que eleve el corazón de la vida exterior al interior, o del hombre viejo al nuevo. La ascensión del corazón en el camino de la interioridad, Agustín nos lo presenta en clave de experiencia personal, como un proceso de elevación. La persona que quiera recorrer los caminos de la interioridad, necesariamente tiene que someterse a un proceso de purificación, es decir, quitar todo lo que obstaculice la acción del Maestro interior, por eso recomienda: “Limpia el ojo con que puedas verle” (Serm. 53,6-7). El que quiera recorrer los caminos de la interioridad,

ha de dejar a un lado las cosas, porque el hombre, proyectado en el exterior, considera las cosas como fines y no como medios, es decir, el hombre, en lugar de utilizar las cosas, se dedica a gozar de ellas, olvidando que en su interior habita Dios que es el único gozo verdadero. Es necesario, por tanto, apartarse y recogerse, y es que en medio del alboroto del mundo, le es muy difícil al hombre poder vivir dentro: “Es del retiro de donde brota el gozo sólido, que no admite comparación con las restantes alegrías” (Carta 10,2).

Volver a sí mismo, en la terminología agustiniana, significa volver al lugar del propio ser para encontrar la paz y el descanso, significa correr hacia casa, buscar el lugar apropiado para recuperar las fuerzas perdidas en la dispersión. Significa empeñarse por adornar la propia estancia con las flores de las buenas obras: “Nuestro recinto o aposento es nuestro corazón; allí se percibe el alboroto de la mala conciencia y allí descansamos cuando existe la buena... Trabajemos por limpiar el recinto de nuestro corazón, para que pueda sernos cómodo” (Com. salmo 35, 5). Volver significa purificarnos y es que “Todo nuestro esfuerzo, hermanos, en esta vida ha de consistir en sanar el ojo del corazón con que ver a Dios” (Serm. 88, 5-6).

Por tanto, vivir en la dispersión es indistintamente salir fuera de sí o salir el alma de su lugar natural: Dios, dado que la intimidad más íntima del hombre, su ser más auténtico, es la presencia de Dios en el interior y ser imagen de Dios. De aquí que separándose de Dios, el hombre se pierda a sí mismo, se anule. Esto es obra de la soberbia: “Temo que la causa de salir el alma de Dios sea porque es soberbia; mejor dicho, no lo dudo siquiera, pues está escrito... Entrar en lo más íntimo es desear lo que hay de más íntimo, y lanzar lejos las intimidades más íntimas es salir fuera. Por el orgullo salimos fuera, por la humildad volvemos al interior” (Trat. Ev. Jn. 25,15). Escuchar la voz de Dios que habla interiormente significa gozar y estar seguros. La interioridad alimenta en nosotros el deseo de Dios, que sólo puede descansar bebiendo en la fuente: “Corre a la fuente, desea la fuente de agua. En Dios está la fuente de vida, fuente perenne; en su luz encontrarás la luz que no se oscurece. Desea esta luz, esta fuente, esta luz que no conocen tus ojos. El ojo interior se apresta para ver esta luz, la sed interior se inflama para beber de esta fuente. Corre a la fuente, desea la fuente” (Com. salmo 41,2).

La persona que quiera conocerse a sí misma debe recorrer los caminos de la interioridad, es necesario que se mire a sí misma, que aprenda a vivir dentro: “Para conocerse necesita estar muy avezado a separarse de la vida de los sentidos y a replegarse en sí y vivir en contacto consigo mismo” (Orden 1,1,3). Esa fue su experiencia, de hecho cuando nos narra el encuentro con Ponticiano, como la experiencia personal de su conversión, nos lo dice en términos de encuentro consigo mismo y de conocimiento de la propia deformidad. Por otra parte, la búsqueda de Dios impone la interioridad como un paso necesario y previo. Sólo si el hombre entra en sí mismo puede descubrir la verdad que habita en el interior, es decir, sólo cuando entramos dentro podremos descubrir la imagen de Dios que llevamos impresa. Alejarse de sí es alejarse de Dios, volver a sí es volver a Dios: “Y el alma, que anda fuera de sí, se la trae de nuevo a sí. Y lo mismo que se había alejado de sí misma, habíase alejado de su Señor” (Serm. 142,3-4). Ciertamente Dios habita en el interior de todo hombre: “Mas he aquí que él está donde se gusta la verdad: en lo más íntimo del corazón” (Conf. 4,12,18). Dios constituye la intimidad más íntima del hombre, es el hondón del hombre: “Porque tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío” (Conf. 3,4,11).